

CASTOR Y POLUX

Viejo papel. Interminables oraciones desde algún minarete. La monótona salmodia del Corán y un extranjero que alza la vista a lo alto, a un cielo azul que ahoga el estertor de nuestras quejas.

Meditación que sobreviene como de la mezquita descendida, como del cigarrillo del guardián que vigila el silencio de los patios: ¡Ay, si le amparase la verdad, si como afirma el físimo existiera otro planeta igual, otra galaxia con su sistema-sol y allí, univitelina, idéntica ciudad, montículo hacia el mar, unas palmeras al borde del paseo y otras calles con el mismo trazado, el mismo nombre y el reptante dibujo al zoco chico!

Fuera posible un hombre, antimateria, que me pensara como yo le pienso,

doble de mí, con músculos iguales
y confusión igual ante lo antiguo y nuevo.

Fuera posible o cierto o sucediendo
que le ofreciesen mercancías, cambios
muy ventajosos de dinero, kiffi
de buena calidad y baratijas
como cadenas de relojes, cestas, falsas
perlas al puño de las armas!
Y sin embargo nada
cambiaría en un ápice el proceso
de nuestra vida: los instrumentos mágicos
que guían nuestro paso, sabios
designios de la especie o música
a coro de otra voz que nos sucede,
sino que igual los troncos desgajados,
el olor excitante, las medusas
extrañamente melancólicas y esa
fama agorera del instinto, todo
conduciría al fin inapelable:

Acaso
se te cumpliera el tiempo del desgaste
para vivir tu muerte por dos veces.

PEDRO J. DE LA PEÑA